

LA POLITICA INTERNACIONAL DEL FUTURO O DE LA ANARQUIA A LA SUPERVIVENCIA

I

Arrancamos nuestro estudio de una afirmación incontrovertible y de apariencia simplista: al siglo XX le faltan veintiocho años para desaparecer. Como detallaremos más adelante, el mundo está en una era de radicales y aceleradas transformaciones, que se pueden resumir así: no sólo se ha empequeñecido para las necesidades de su población, sino que a despecho de heredados antagonismos y de subsistentes enfrentamientos, en el futuro —pongamos que desde el año 2001, es decir «mañana»— no puede haber margen para aquellas pugnas entre grupos humanos que pongan en peligro al conjunto. Como única Política Internacional posible, se perfila exclusivamente la llamada —en expresión acuñada— road to survival, camino hacia la supervivencia del género humano, como colectividad biológica solidaria y enlazada; por muy ruidosas que sean las divisiones y las distinciones entre los desiguales grupos que integran la Humanidad. Que no exageramos con visiones apocalípticas, es algo demostrado por los estudios —basados en realidades comprobadas y no en cálculos de fantasía— de prestigiosos centros y aun de personalidades, que en algunos casos han tenido por patronazgo o por marco, la sede de organismos internacionales, más o menos dentro de la esfera de las Agencias Especializadas de las Naciones Unidas.

Y sin embargo, mientras la Medicina, la Química, la Astronáutica, y en general tantas otras ramas tecnológicas de las Ciencias, han dado un colosal salto adelante, pensando en el siglo XXI —en la Supervivencia— la Política Internacional ofrece un lamentable y desconcertante espectáculo. Es una política inspirada por móviles humanamente comprensibles por el arraigo de la inercia momentáneamente fructífera, y por el peso de los intereses creados, aunque ni siquiera asegure su continuación. Es una política de impulsión senil y caduca; y contra las apariencias, no son los más ruidosamente

insolventes—las pequeñas potencias por lo común subdesarrolladas del Tercer Mundo— quienes mayor responsabilidad asumen en el suicida panorama mundial. Son los grandes, los superdesarrollados, los cultos, y los que vanidosamente se arrojan la encarnación de grandes ideales expresados con palabras altisonantes y equívocas. Los defensores de la Paz y la Seguridad—este título se lo atribuyen todos en razón de sus stocks atómicos o de la continuidad de sus agresiones e imposiciones— los de la justa Libertad Humana (Law and Order), los de la Liberación de los pueblos y de las clases oprimidas, los del Progreso Democrático Mundial, etc. Por frases no queda. Tampoco, desgraciadamente, por continuación en defender egoísmos de poder, que ni siquiera reiteran aquel modesto Sacro Egoísmo nazionale de la Italia «volteante» de 1915. Más bien enlazan con los leitmotiv propagandísticos, al amparo de los cuales se justificaron bajo los grandes Imperios orientales y clásicos, matanzas, subyugaciones y trasplantes. En la Edad Media y con invocaciones religiosas que nos erizan, nuevas matanzas, botines y subyugaciones. Luego la carrera para el reparto de las nuevas tierras descubiertas; o por la hegemonía en un área importante que ahora resulta minúscula, como el continente europeo; por el dominio de los mares y del tráfico (clave indirecta del dominio armado de la tierra: Mac Kinder no tenía razón antes de 1945), y, en fin, postreramente por la capitania (leadership) de medio mundo en contra y para apoderarse del otro medio; momento en el que ha sorprendido a los grandes protagonistas de nuestra Política Contemporánea —la de las Grandes Guerras suicidas del siglo XX, y la multitud de «guerras localizadas» que la acompañan— la visión, cuando menos preocupante de los problemas de la común supervivencia en el siglo XXI. La capacidad humana de tropezar indefinidamente en la misma piedra, es la antesala de la incapacidad de los llamados estadistas para superar las ideas anticuadas sobre la conducción de los pueblos y el desarrollo de las relaciones internacionales. Al triste—pero no fantasmal—better red than dead del «Dean rojo», le superan otros oficiosos criterios. En 1919 Clemenceau, despreciativo de la reciente novedad bolchevique, creía que en Alemania había vingt millions de trop. En 1940 creía Hitler que sobraban los millones de untermenschen a su alcance. En 1945 Truman, que había que acabar con el derrotado Japón —mientras éste buscaba afanosamente la puerta de la capitulación— ensayando la bomba atómica, que no tardaría en ser facilitada a los rusos por personas acogidas a la ciudadanía estadounidense. Ahora, el «equilibrio por el terror», no impide actuar a todos los que pueden seguir

compitiendo por intermedio de terceros —los pueblos cobaya— por el tanteo de fuerzas, el experimento de armas, la conquista de mercados, y la conservación de los nada despreciables restos de las pasadas rapiñas. Acudiendo a un ejemplo menor pero que afecta al lector español, los estadistas británicos y sus acólitos más o menos emparentados, prefieren seguir «a la brava» en Gibraltar, que incorporar a España al nada elástico conjunto en el que encuentran su lugar natural, el occidental; aunque quizá la obstinación vaya acompañada de una reflexión que podría resumirse así: de todos modos los españoles resultan incapaces en la articulación de su disconformidad, porque nos sirven gratuitamente... La URSS de los viajes interplanetarios no renuncia al peligroso juego de la subversión, o según su versión de «liberación del proletariado, extendiendo el socialismo por la tierra». Y los EE. UU., también interplanetarios, no vacilan en sacrificar hasta el último dólar en defensa de la arrogancia sionista, o según su versión, en la «defensa» de Israel, uno de los muchos pueblos cuya defensa por los anglosajones ha acompañado a las páginas violentas de la Política Internacional moderna. En cuanto a la ONU, la suprema instancia internacional, el único ensayo conocido de Comunidad Internacional con vocación universal, cruje; no por los escándalos del anticolonialismo, o por las peticiones constantes de los subdesarrollados, sino por la resistencia de los Grandes a someterle los problemas más cruciales, y cuando no pueden impedirlo, a paralizarla con el liberum veto en el Consejo de Seguridad, versión actual del liberum veto que presidió la Anarquía Internacional anterior y posterior a 1914.

Pero no prosigamos indefinidamente. Hay que recordar datos —generalmente conocidos y olvidados— que abonan nuestra tesis, en favor de una política internacional de supervivencia —con preferencia al mantenimiento de los viejos intereses— a la vista de las realidades vitales del mundo, destacando dos: la demográfica y la del agotamiento (o desperdicio) de sus recursos vitales.

II

Vivimos olvidando nuestras preocupaciones, bajo drogas optimistas que para mayor peligro tienen una base real, que luego se desorbita. No creemos en el progreso universal indefinido: la generación imperante lo llama «desarrollo» merced a la inventiva humana y a los avances y descubrimientos de las Técnicas Científicas. Y tal progreso «indefinido» es imaginario.

El hombre pisó la Luna, observa «de cerca» otros planetas y proyecta llegar a Marte. Hemos pasado de estudiar la Vía Láctea a estudiar la Metagalaxia y los quasars; aunque seguimos discutiendo científicamente —por debajo de la Primera Causa— si el Universo es finito o infinito, esférico o hiperbólico, abierto o cerrado. En nuestro pequeño mundo, punto perdido del sistema solar, hemos descubierto la Antimateria o Materia Negativa. Primer aviso: fuera de él, no hemos hallado vida «inteligente», ni planeta humanamente habitable. La Tierra hogar único sigue siendo una bola imperfecta (con radios de 6.378/6.357 km.) formada, se cree, hace unos 4.500 millones de años, para constituir una dura masa de nife envuelta en un manto de sima con una delgada capa de sial que es la que aprovechamos, rodeada de una (o varias) atmósferas; ésta por cierto ya maltratada por la obra humana (acumulación de gases) con daño para la vida y otros efectos aún poco calculados; así la constante subida de temperatura en el Hemisferio Norte que amenaza la «reserva ártica» aunque estando hasta ahora intacta la Antártica. Una elevación de cinco centígrados podría provocar licuaciones masivas y una subida de siete metros en el nivel mundial del agua. Entre los 510 millones de km² planetarios medidos en el globo, 354 son acuáticos, es decir, muy parcialmente aprovechados: inaptos para el establecimiento masivo, además de maltratados en sus reservas vitalizantes (fitoplakton, etc.). Ello tampoco supone que al Hombre le sobre el agua potable: problema antes limitado a los desiertos y subdesiertos, pero ahora generalizado por los incrementos de consumo y los desperdicios, sin que sean realidad operante los recursos a las bolsas llamadas «inagotables» (?) del subsuelo; ni la potabilización económica del agua marina. Tampoco el daño se limita al agua: alcanza ya —cálculos concluidos— a importantes productos minerales, a especies animales y vegetales, y en general a la habitabilidad de destacables áreas de concentración humana. Incluso estamos mermando la tierra disponible: 10 millones de km² de tierra inútil frente a 75 de tierras útiles, incluyendo 20 de erosionadas: y el mal crece¹.

¹ Se calcula el agua total del mundo en 579 millones de km³, en su gran mayoría 91 por 100 oceánica y en un 1 por 100 disponible ya por el hombre. El agua salada superficial en: 10 billones de m³. Los Glaciares y los hielos polares en: 2.950 billones. Los lagos dulces: 15 billones. Los ríos en: 3.750 billones. El vapor acuoso en: 550.000 billones. Las aguas subterráneas conocidas: en 1.250 billones (500 «superficiales»). Aunque Furon («El Agua en el Mundo» 1969) da otras cifras no rectifican la impresión: 1.500 millones de km³ de agua, de los que 25 están en los cascos polares, medio millón es agua dulce y —con optimismo— 20.000 disponibles por año para usos humanos: con el límite, aún lejano de 20.000 millones de humanos. Consuelo negro: la falta de agua potable es para Opik menos grave que la elevación térmica derivada del Sol, estrella en ignición

Afirmamos creer que una acción internacional concertada y sin regateos —como la preconizada en Estocolmo en 1972— mejoraría las perspectivas; pero seguimos aferrados a las inconsciencias de los espirales consuntivos y al egoísmo del «sálvese quien pueda» ¿acaso comparten la URSS y Canadá sus reservas espaciales con terceros, cuando Inglaterra se resistió a recibir a sus ciudadanos de origen asiático expulsados de Uganda? Con la agravante de que conocemos la gravedad de la amenaza: basta ver el gráfico sobre los límites del crecimiento que insertó Time (24 de enero de 1972) basado en los estudios del Club de Roma, en el que se aproxima al año 2000 el punto de desfase negativo entre el auge demográfico y el declive de los recursos y producciones. Sin que las posibles esperanzas, limitadas por suerte al campo de la inventiva y del descubrimiento científico, puedan llevarnos a la aparición de «Eldorados» naturales intactos o fáciles, muy mixtificados en las menciones optimistas de los ensayistas. Hay que limitar a prudentes proporciones, inicialmente minoritarias, los medios de que dispone el hombre. A este respecto, recordemos que no sólo se ha exagerado al caracterizar a Europa y EE. UU. como «el continente» y «el país» en los que el Hombre domina a la Naturaleza», salvo que Europa y EE. UU. son dos rincones del globo. La acción humana de corrección y uso del medio se concreta mucho. Recordemos las «obras públicas»: túneles (los alpinos o submarinos internacionales, pero no aún los de Gibraltar y La Mancha); los Canales (Panamá, Kiel, Suez, etc.) y las canalizaciones (San Lorenzo, red del Rin al Vístula, red rusa que hace de Moscú el «puerto de los cinco mares»); los puentes (Pontchartrain: 38 km.): y los saltos o presas (Kariba, Cabora Bassa) siempre a remolque de la naturaleza y con efectos contraproducentes (Asuán). No

que alguna vez explotará. El gran auge del consumo industrial de agua está agotando las disponibilidades a un ritmo incalculable (100.000 toneladas al segundo). Y no por desecación dada la modestia histórica de los cambios climáticos, y lo falaz de que «merced a los que provoquemos», cambiará la pluviometría en forma destacable; dejemos en el aire las profecías apocalípticas sobre el plazo de muerte colectiva por la sed. Por otra parte, escasos son los avances en *predecir* los terremotos y maremotos (algo mayores respecto a los ciclones). Pero son claros los conocimientos sobre la acelerada liquidación de muchos productos irreproducibles (y muchas veces insustituibles) de índole vital, por una población exigente y descuidada que en el siglo XXI puede duplicarse: el Club de Roma, la FAO, la UNESCO, y ciertos centros o individualidades se han fijado por ejemplo en el gas natural (¿algo más de un cuarto de siglo?), el carbón (¿más de un siglo?) y el petróleo (¿de treinta a setenta años?), el cobre (¿treinta y seis años?) y otros muchos (plomo, platino, fosfatos). El consumo de energía se duplica cada trece años en el mundo. No sólo agotamos: destruimos, extinguimos y ensuciamos: antes de fin de siglo se habrán concluido una treintena de valiosas especies animales, y de haber llevado esa cuenta, desde la Edad Moderna, el resultado hubiera sido estremecedor pese a tratarse de un relámpago histórico.

escasean otros proyectos, que implican a la vez esperanzas y temores (la desviación o presa del Obi, Ishin, Toboi y los Darya, que podrían dañar a los países septentrionales, y el puente Sajalin-Primorskaya al Japón). Y hasta se habla, generalizando, del aprovechamiento del Sahara (ya no de su flooding), del Gobi y Kalahari; y de la reforestación y puesta en cultivo de «grandes áreas vírgenes» después del desgraciado experimento de Jruschof en la «Tselinozemlia» del Kasajstan Norte, y de las desagradables sorpresas de la «Estrada da Amazónia».

Gozan naturalmente de menor difusión popular los que llamaríamos «temas antipáticos» como las desapariciones de extensas reservas forestales (mayoría en Europa y EE. UU.), la penetración del desierto en la sabana (que algunos calculan en una mordedura de los tres kilómetros cuadrados durante cada día) de las «lateritizaciones» de la selva, e incluso —en ciertos países áridos— del trueque de las buenas y reducidas áreas de cultivo («huertas», «vegas») en urbanizaciones (España incluida). Estamos infectando e invitalizando ríos y mares (Báltico y Mediterráneo en cabeza) sin que las reservas, o los vedados ni las instalaciones de corrección rebasen modestos módulos. El gigantismo urbano (ya el 80 por 100 de la población mundial) con despoblación paralela del agro, es una fuente de detritus devastadores del medio. Más aún: nuestra fe en los programas y planes, se exagera en cuanto a costos, ámbito y rapidez; ello aparte de su desconexión, y de que ciertas tendencias mundiales (guerras frías y calientes, descolonización, mercados cerrados) añaden obstáculos económicos y políticos a los científicos y naturales, campo en donde los industriales preceden a los alimentarios. El Mundo no es un Negueb soportado por el contribuyente americano en eterno «fondo perdido»: por lo menos mientras al trágico desenlace de Vietnam no le suceda otro peor.

III

Y ya, nos resulta imposible seguir sin abordar el problema (que precede y condiciona a todos los de la supervivencia): el demográfico, confiando en que se excusen las notables diferencias en el detalle de las cifras estadísticas (a veces sólo calculadas) que se recogen, cuyas variedades no rectifican la verdad en conjunto de su significado. Hay restos del Hombre con 1.800.000 años, aunque no sea datable la aparición del Homo rationalis, erectus y faber; y pruebas de una multiplicación humana tan desigual y rápida, que tenemos que recordar las teorías sobre la aceleración de la Historia, que de por

sí no excluyen a otras. En la época imperial romana, habría unos 250 millones de humanos, que eran ya 500 en la de los Descubrimientos, 700 largos en el siglo XVIII, muchos más de 900 en 1800, 1.171 en 1850, 1.608 en 1900, 2.388 en 1950, ya 3.000 en 1965, y —según un estudio del Bank aparecido en 1972— serán 4.000 antes de quince años. De mantenerse la actual tasa de crecimiento, en sólo treinta años se habrá duplicado la población mundial. Entre 6.500 y 7.000 millones de seres inteligentes pueden saludar al siglo XXI, tasa que supone un auge sobre el presente, del 62 por 100, aglomerándose por doquier en urbes enlazadas «megalópolis» y en ciertos países, no siempre ricos, pues en algunos casos parece que seguirán siendo paupérrimos, como la India. Sí, la medicina y los medios de difusión o comunicación han avanzado, como también, aunque algo menos, las técnicas industriales, y después las primarias. Pero con enorme desigualdad entre los países y aun entre los grupos de beneficiarios dentro de muchos de ellos. Tales avances, no nos permiten augurar el mantenimiento de los actuales niveles vitales por muchas que sean las esperanzas, que en la «carrera contra reloj», hacen concebir los descubrimientos en materia de fecundidad zoológica y botánica, de virología, de sanidad (destacando entre la medicina a los antibióticos), de síntesis nutritiva, de atomística pacis sensu, y de cibernética. Se nos anuncia una futura Goldenzeit —que algunos llaman civilización del ocio y puede ser que sólo del desperdicio— más bien como derivación de prometedores programas doctrinales. Recordamos los cristianos, dentro de lo espiritual tanto la promesa de Cristo a Pedro (Mateo XVI, 18), como la interrogante de Cristo en Lucas (XVIII, 8) y sobre todo el Apocalipsis. Resultan más arrogantes en su ámbito material, los marxistas; pero con significativos condicionamientos: cuando el XXII Congreso del PCUS anunciaba la «sociedad comunista» para 1980, se cuidó de añadir «salvo el acaecimiento de graves complicaciones internacionales». Objetivamente, pese a tantas novedades deslumbrantes y a tantas promesas con viso científico para la mayoría de los humanos, el mundo actual es el de las crisis en cadena, hasta hacer perder a aquellas palabras su significado transitorio. El Mundo del futuro se presenta como el de la Crisis común por la supervivencia. Un Mundo con grandes diferencias sobre el actual en materias de asentamiento y desenvolvimiento humanos². Nuestras apreciaciones de-

² Particularicemos los datos estadísticos, sin desdeñar —como contraste— otros que no mejoran la perspectiva. Cifrando a la Humanidad en 3.541 millones (23 por km²), Europa tiene 643 (61), Asia 2.029 (46), Africa 346 (12), América del Norte y Centro 311 (13), del Sur 186 (10) y Oceanía 20 (2). El coeficiente de crecimiento anual registrado

mográficas, encuentran un respaldo más popular si repasamos la marcha de la Humanidad (que como conjunto relacionado no existía antes de los grandes descubrimientos hispánicos, porque los humanos se agrupaban en áreas inconexas o mal comunicadas). Descubrimientos, imprenta y Renacimiento marcaron una impulsión mundial europea concebida con las perspectivas de la época que sigue (los «siglos tormentosos» XVI-XVIII, salpicados de guerras religiosas o estatales). En estos tiempos de desenfreno internacional —con mucha tierra vacía y pocos recursos agotados— fue característica de la concepción de la política internacional la frase de Richelieu: «No basta con que Francia esté bien; es preciso que sus vecinos estén mal.» La Revolución de 1789 derribó a la sociedad estamental mientras afloraban importantes invenciones. Seguida por el napoleonismo, al anunciar los principios para la rebeldía en casa, fue enseñándolos a los pueblos sumergidos. En el siglo XIX, Europa se va políticamente de casi toda América: pero se vuelca sobre el Viejo Mundo (Especiería, Indostán, costas africanas), y aún desgarrada por sus luchas progresa en la industria y el comercio, y crece a buen ritmo, sólo superado por América (400 por 100 frente a 130 por 100) dejando atrás a Asia y África (44 por 100 y 31 por 100). Asia sigue en su mayor parte dormida bajo estructuras arcaicas, y en el resto constituye una nueva «reserva», como sucedía a África y al Pacífico. Sólo que anárquicamente operan por su cuenta y con sus miras los diferentes países:

es del 1,9 por 100; el de natalidad de 33 por 100, y el de mortalidad de 14 por 100. En 1900 doblar la población suponía ciento quince años, y en 1972 bastan con treinta y dos. En el año 2022 por cada humano actual habrá cuatro. De ese total, dos tercios no son «blancos» (según la clasificación anglosajona que excluye a los semitas mediterráneos) acentuándose la desproporción por la lentitud del crecimiento europeo, mal compensado por los de la URSS blanca, Norteamérica, la Sudamérica austral y los *dominions* blancos. Ciertos etnólogos vaticinan, que como los contactos provocan mezclajes, el futuro biotipo humano tendrá poco de negro, algo de blanco y mucho de amarillo. En ese congestionado mundo no habrá nomadismo en el viejo sentido, reemplazándolo la migración colectiva —no la colonizadora desde los *ricos* a los *pobres*, sino al revés— y los trasplantes masivos, posiblemente planificados e impuestos. Casi cien millones de humanos han sido trasplantados en lo que va de siglo. Quedará en el futuro un triste subruralismo en los países adelantados y por doquier un urbanismo agigantado; y marchará más lentamente el paso de las actividades clasificables como *primarias* (con el agro, o lo que de él quede, al fondo) a las *secundarias* y *terciarias*, muchas de éstas confusas para no decir artificiosas. Los cálculos —salvo guerras u otros acontecimientos excepcionales— no son exagerados: Epstein creía que el año 2000 tendría los citados 643 millones de europeos, y que los asiáticos serían más de los calculados cifrándolos en 4.400 (con 1.925 chinos); a los norteamericanos 328; a los centro y sudamericanos, 400 (por reputarlos más agrupables); a los africanos muchos más de los calculados —cuenta 565—, y a los oceánicos, 35. Dejando como categoría aparte (¿eurasiática?) a los soviéticos: 512 millones, más que europeos. Tales cálculos son ya bajos por el desarrollo de los datos desde que se formularon.

no hay solidaridad compatible. Un país europeo —Gran Bretaña— crea un Imperio mundial (mayor que el hispano y el romano) propaga el libre-cambio y otros sistemas para él ventajosos. La siguen varios Estados continentales: tres viejos (Francia, Holanda, Portugal, más tres «nuevos»: Alemania, Bélgica, Italia); mientras Rusia y EE. UU. actúan por expansión contigüista y anegadora. Surge Japón. Desaparece la esclavitud clásica. Al iniciarse el siglo XX el mundo registra poco más de medio centenar de Estados. Estos, desempolvando a Bodin, se llaman soberanos. 22 son europeos, 21 americanos, seis asiáticos, cuatro africanos y dos oceánicos: por cierto reimplantaciones europeas. Europa cubre con su poder político, su red económica, y —lo que germinaría con alcance insospechado— con sus ideas a un nuevo mapa del Mundo. Gran Bretaña cuenta con 323 millones de súbditos en 27 millones de km²; seguida de Francia (48 y 5,3), Holanda (35 en 2), Portugal (13 en 2,1), Bélgica (12 en 2,5) y Alemania (9 en 2,5); las acompañan el Imperio zarista (25 y 17), el decadente otomano (28 y 3,7) la «democracia americana» (11 y 1,3) y algunos acompañantes pobres: Japón abierto y pujante; Italia, España y Dinamarca más modestas. (Austria-Hungría sólo coloniza en sus bordes.) En 1914 la Europa próspera del «concierto» no manda sobre América ni sobre el Japón, pero pasa del pacífico antagonismo Entente versus Triplece (basado en un precario «equilibrio» combinado con el two powers standart) a la I Gran Guerra, en la que emplea masivamente soldados de color y depende de EE. UU. para la decisión final. (Fenómeno anticipado cuando en 1898 y 1904 dos países europeos fueron vencidos por otros que no lo eran.) La guerra acaba con Austria-Hungría y destroza a Rusia, Turquía y Alemania que luego se recobran. Los vencedores europeos recubren sus desgarrones, exhibiendo grandes imperios: el británico extendido sobre algo más de la cuarta parte del mundo, aunque deslizándose hacia una asociación inter pares; el francés con el 9 por 100 de la Tierra frente al norteamericano (7 por 100), y al caótico, pero poderoso, soviético (15 por 100). EE. UU. aparece como poder acreedor, mayor productor y banquero universal; Europa ha de esperar a 1926 (era Locarno) para llegar al nivel vital de preguerra: cuando empiezan a tener primacía los problemas sociales sobre los políticos, espoleados por el fermento soviético. Tras veinte años de paz modesta, Europa, y con ella el mundo se precipita en la gran marcha hacia un casi-suicidio: la II Gran Guerra, que liquida la hegemonía europea (salvo en lo cultural) y los imperios clásicos, transformados —con desigual suerte— en asociaciones de Estados. Beneficiarios: los EE. UU. (prácticamente intac-

tos) y la URSS (no intacta pues perdió el 10 por 100 de su población, el 40 por 100 de su industria y el 61 por 100 de sus cultivos y ganado: pero fuerte, voraz y desenfadada en autoindemnizarse). Europa ha tenido diez millones de muertos (20 la URSS), y aunque pronto (1950) alcance en su Occidente los niveles de preguerra, es con la ayuda yanqui como lo consigue; iniciando —con retraso— en 1948-1949 sus inevitables agrupaciones (económica la OECE, estratégica la OTAN ambas a rastras del Tío Sam: el Consejo de Europa resulta inoperante). Estas adoptan tono serio en 1951 con la CECA. EE. UU. son dueños de su Hemisferio; la URSS de un trozo de Europa, e inspira a China hasta 1954. Pero mientras la URSS sigue una política de iniciativa rectilínea, los EE. UU. oscilan entre varias políticas de reacción cambiante (apaciguamiento hasta 1948, luego contención, desde 1955 «riesgo previsible», «réplica flexible» hasta 1960); no sabemos cuál actualmente: aunque sí que acusa el impacto de la idea soviética de coexistencia lanzada en 1960 con enormes ecos «pacifistas» en las agrupaciones occidentales, ya minadas por drogas, y otras corrupciones.

IV

Y seguimos bajo el peso de la demografía. En esta época nunca deja de existir una guerra «convencional» —que se supone localizada— y desde fuera alimentada³. Pero que no impide que la Humanidad siga creciendo: en 1950 ya se cifra en 2.417 millones de humanos (otra tercera cifra sobre las

³ Sin afán de agotar los datos, anotamos las guerras más ruidosas:

1945-47-54: Indonesia contra Holanda.

1945-49: China popular contra China nacional: quedan en pie Formosa y dos islas menores.

1947-49: India contra Pakistán por Cachemira (con brotes en 1967 y 1972).

1946-49: Grecia nacional contra la invasión comunista.

1948-49: Israel contra los árabes, con brotes en 1956 y 1967 («Seis Días») y paz nunca.

1948-52: Filipinas contra los huks.

1945-54-72: Indochina: comunista contra Francia y luego contra el Sur y los norteamericanos.

1945-54: Malaya: ingleses contra comunistas con brotes fronterizos en 1963.

1950-59: Tíbet: China popular contra los tibetanos.

1950-53: Corea, lucha entre Norte y Sur con respaldos comunista y occidental.

1952-53: Keña: ingleses contra *mau-mau*.

1956: Suez: Inglaterra, Francia e Israel contra Egipto.

1956: Hungría: comunistas con respaldo ruso contra insurgentes.

1957: Ifni: Marruecos contra España, con brote en 1958 en el Sahara.

1958: Líbano: gobierno con apoyo yanqui contra insurgentes con apoyo árabe.

1955-59: Chipre: Inglaterra contra la población.

1954-62: Argelia: Francia contra la población.

ya recogidas). Los humanos se dividen: un bloque heterogéneo comprende 1.300 millones de asiáticos en general pobres y antioccidentales, como los 198 africanos, gran parte de los 163 iberoamericanos, y sin ser tan pobres, los 210 soviéticos. Bloque al que se oponen 574 millones de europeos que han mejorado —en general—, y 168 de norteamericanos. Sin embargo los que más crecen en ese año, son los extraeuropeos (Hispanoamérica 2,7 por 100, África 2,1 por 100 y Asia 1,8 por 100, frente a Norteamérica 1,8 y Europa 1 por 100 escaso). Diez años después siguen las guerras —Indochina, Argelia, Palestina, Congo, etc.— y Notstat calcula en 3.136 millones a los terrícolas; paradoja: la inseguridad no frena la procreación pese a las extensas campañas de birth control; pero no provoca la riqueza: los «ricos» sólo son 556 contra 2.558 «pobres» y soviéticos. En esta época ha alcanzado su cumbre —y empieza a remitir de sus aspectos escandalosos— la «guerra fría». También la descolonización estaba en el tope de su pleno auge. El mundo comunista había subido del 16 por 100 del suelo y el 7,8 de la población mundial en 1920, al 26 por 100 y el 36 por 100 respectivamente; en el resto, el Occidente anticomunista suponía el 13 por 100 y el 19 por 100 (con dependencias que contaban el 9 y el 3,5 de la población mundial). Resulta ya una época —que sigue— en el que resulta difícil separar los conflictos externos de los internos, regulares o subversivos. Nueva complicación: los desorientados países emancipados, que suponían el 51 por 100 y el 42 por 100 de

1938-59: Cuba: gobierno contra insurgentes con brote en 1962 (tentativa de desembarco).

1939-72: Laos: rojos y gubernamentales con respaldo exterior.

1959-70: Himalaya: India contra China.

1961: Goa: India contra Portugal.

1962-65-70: Yemen: realistas contra republicanos apoyados por Egipto.

1960-62: Congo belga: gobierno central apoyado por la ONU contra Katanga con brotes en 1964-69.

1962: Angola, Mozambique y Guinea: gobierno contra insurgentes (con apoyo exterior).

1962-63: Irian: Indonesia contra Holanda.

1960-70: Colombia: guerrilla generalizada («violencia»).

1963: Confines argelo-marroquíes: Argelia contra Marruecos.

1963-69: Venezuela, Perú, Bolivia: gobierno contra guerrillas.

1964: Tai: gobierno contra guerrillas comunistas.

1965: Dominicana: gobierno contra insurgentes con intervención yanqui.

1966: Etiopía: gobierno contra guerrillas eritreas.

1967: Biafra (Nigeria): gobierno contra secesionistas.

1970: Chad: gobierno contra guerrillas.

1971-72: Ulster: Inglaterra contra irlandeses pobres y católicos.

1972: Los dos Yemen entre sí.

No se incluyen las insurrecciones locales (Poznan, Berlín), el terrorismo aislado, ni los golpes incruentos por el poder, tan frecuente en «países nuevos».

aquellos factores, aunque reciben la mayoría de las ayudas de los occidentales, escoran hacia la «banda izquierda». Al Occidente desarrollado le quedan dos provocativas supremacías: la formativa y la monetaria: más de 1.000 dólares de renta anual per cápita, frente a otros débiles porcentajes de los 50 a los 190; ausencia de analfabetismo. Un grupo con sólo el 17 por 100 de la población mundial dispone del 70 por 100 de la renta mundial, mientras la mayoría de la Humanidad se contenta con el 10 por 100 de la misma: situación explosiva. En esa década de los sesenta, la parte de los pobres en el comercio mundial desciende: del 21,3 al 17,6 por 100. Los ricos exhiben sus gastos en ayudas; menos los de armamentos, pero ocultan su mezquindad a la hora de valorar las materias primas o los productos vitales de los que dependen los otros, cuyos precios a veces fluctúan en un solo año el 28 por 100, con tendencia a la baja; en la década 1958-1968, hasta un 25,9 por 100. Carlos Marx erró por cortedad: la «lucha de clases» cede ante la oposición de países ricos y pobres, inacabable. Estando superados por las independencias y los «telones», los viejos planes «imperiales» de fomento, la acción para paliar el peligroso desequilibrio mundial, parece pasar a órganos internacionales. Primero, la ONU, y luego, sus agencias, preconizan bellos programas, que no son rápidamente eficaces en la realidad: pues la FAO comprueba en este período que el «hambre oficial» alcanza el 60,3 por 100 de los humanos (Josué de Castro sube el porcentaje). Los sesenta países independientes —desde la India a los minúsculos—, algunos divididos, como Corea y Vietnam, han aprendido del Occidente más bien lo que les es útil para aborrecerlo y hostigarlo; mientras que las imitaciones que conservan les provocan lo que en el siglo 1820-1920 padeció Hispanoamérica: un estado permanente de convulsiones y conflictos, que más se estimulan que se atenúan en las grandes conferencias que van de Bandung (1954) a La Habana (1969) y que no excluyen las guerras genocidas⁴. En verdad que con todos

⁴ Sobre las ayudas a los «pobres del Mundo» se han barajado cifras muy dispares. Digamos que entre 1945 y 1970, el Tío Sam empleó 107.000 millones de dólares en ayuda económica (62.000 «a fondo perdido»). Europa occidental 27.000 (en gran parte en sus ex imperios). La URSS, dentro de lo que se sabe, 8.000. China mucho menos. Ciertas críticas reducen las auténticas ayudas a 4.000 millones anuales, diez veces menos que el cálculo de necesidades del Tercer Mundo, cifra alcanzable dedicando un 7 por 100 de la renta total del mundo occidental euramericano: y no excesiva recordando los 105.000 millones de dólares gastados en armamentos por Occidente (se dice que en realidad sólo la OTAN en la década 1960-1970 totalizó 850.000 millones) más los 50/80.000 del bloque soviético. Ejemplo: un año de guerra en Indochina costaba —antes de 1972— al Tío Sam 40.000 millones. Compensación destacable, los arruinados por la II Gran Guerra en Europa —vencidos incluidos— recibieron por el Plan Mar-

sus abusos las metrópolis prepararon Estados donde hallaron tribus: pero en el momento del «retiro a tiempo» pocos lo supieron practicar. Al iniciarse la actual década—los setenta—nuevos cálculos suponen 3.592 millones de terrícolas: Asia los encabeza con 1.988 (incluidos más de 811 de chinos), seguida por Europa con 700 (entre los que están los 242 de soviéticos), América con 536 (con los 264 iberoamericanos), África con 345 y Oceanía con 20: a Oceanía, naturalmente, los peores conflictos le llegan desde fuera. Una quinta parte de la superficie habitable alberga los cuatro quintos del total, y desde otro ángulo, la zona templada del Hemisferio Norte da cobijo al 52 por 100 de la Humanidad, y hacia ella acuden a trabajar 10 millones de asiáticos, africanos y caribeños pobres. En el veintenio 1950-1970 el producto interno bruto sube 2,7 veces en el mundo, arrojando un heterogéneo PBI de 800 dólares per capita, tan lejano de los 2.000 de renta de los desarrollados como del centenar de países que no llegaban a tener ni siquiera 300; lo que humanamente suponía que si la cuarta parte de las personas poseía una renta anual per capita de 2.400 dólares, los otros tres tercios quedaban en 180, con la desoladora perspectiva de que en 1980 los países ricos rebasarán los 3.600 dólares, y los pobres no pasarán de los 280.

Las cifras—con todos sus errores y simplicidades—, reforzadas por los hechos que todos recuerdan, explican por causas más profundas que las añejas de ambición personal o del imperialismo nacional la cadena de violencias, explosiones y amenazas. Es que la intercomunicaciones y la interdifusión proporcionan al mundo pobre conciencia de serlo y la idea (no del todo veraz) de que lo es por culpa del rico. Incluso en Europa los «ricos» del Centro y del Norte tratan con menosprecio a los mediterráneos. Descendiendo a ejemplos muy concretos, se encuentran espectáculos inconcebibles en el siglo XX que dan idea de que a las prisas de los «pobres» se une la cerrazón sórdida de los «ricos». Así en la lucha del Ulster se enmascara tras la pugna de protestantes y católicos el deseo de los barbari possidenti (planted) de conservar sine die bajo su suela a los desposeídos. Los pueblos pobres parecen aisladamente incapaces de atacar a los ricos; pero juntos pueden ser manipulados por otros ricos discolos, y además los desarrollados acuden a cuantos necesitan sin solidaridad alguna. Su incongruencia es tan

shall y sus flecos 15.000 norteamericanos; inútil recordar que España arruinada por su guerra particular y por el subsiguiente bloqueo, no recibió nada. Por supuesto si hubo pobres olvidados, también hubo enriquecidos; en cabeza Israel, respecto del que nunca cesó el *maná* de fines no económicos, que explica muchas cosas lógicamente extrañas. Y países que recibieron de «ambos bandos», como Yugoslavia.

escandalosa como la de los opulentos. Con lo cual la bipolaridad comunismo-democracia se fragmenta en una serie de polarizaciones discordes.

V

Un vistazo al Planisferio refuerza nuestra tesis. Repartida está la tierra —aunque abunde en litigios territoriales— sin tierras nullius ni incógnitas (los polos no lo son) entre entes políticos llamados Estados, por lo general contiguos: sus prolongaciones ultramarinas son reliquias (salvo en el caso portugués) o disfrazan su fachada. Al iniciarse el siglo XX, se sabía que muchas de esas «potencias» estaban coaligadas o asociadas para los fines clásicos (guerra, comercio) o para otros nuevos; débil era la presencia en el foro mundial de las «uniones administrativas», fortalecidas bajo la Liga Ginebrina y luego engrandecida en las «agencias» de la ONU. Otros Planisferios especializados mostraban distintas visiones (religiosas, lingüístico-culturales, étnicas, comerciales o económicas, de comunicaciones, densidades, etcétera), pero las representaciones convencionales pecaban por simpleza al mostrar por igual a Montenegro o Haití, que a los Estados Unidos o Rusia, y a Suiza que a China. Quedando cortas al reducir a los Estados políticos las demás complejas agrupaciones humanas. Los Planisferios actuales, respetando la representación de los Estados —en cuyo número y fronteras ha habido notables cambios—, añaden cada vez más visiones económicas, estratégicas y culturales; oscurecen por difíciles las étnicas, y destacan las sociales, cual corresponde al factor tipificador de nuestro tiempo, condicionante del político: obligado es que nos fijemos luego en él, pensando en su valor como valor del futuro. Pero antes esbozemos un repaso de ese Mundo «tejido de Estados» que venimos conociendo.

A) América ofrece una sorprendente continuidad política internacional en el siglo XX; aparte de cuatro independencias (Cuba, Panamá, Trinidad y Guayana), de la solución de pugnas fronterizas (Tacna-Arica, 1930; Chaco, 1938; Amazonia, 1928-1941), de algún «corrimiento» (Acre, 1904) y de una absorción (Terranova por Canadá, 1949). Desde 1946 empezaron las incorporaciones, asociaciones y las micro-independencias en el Caribe insular (con transferencia de las Vírgenes en 1917). Resumen: 22 Estados (1920), 27 (1972) y 25 dependencias actuales.

B) Oceanía como pluriinsular sólo registra cambios de soberanía (ex colonias germanas, ex mandatos nipón y neobritánicos, Irián) y afloraciones

miniindependientes (Samoa, Tonga, Nauru, Fiyi). Resumen: dos Estados (1920), seis (1972) y 25 dependencias actuales.

C) *Asia ha experimentado serios cambios: la descomposición del Imperio otomano creó cuatro mandatos y luego diez Estados árabes (con la incrustación de Israel), seis la fragmentación independentista del Indostán (1947-1971) y sus satélites del Nepal a Ceylán y Birmania y de Pakistán a Bangla Desh (con el litigio de Cachemira). La independencia desgarrada de Indochina, la dividida de Corea (absorbida de 1910 a 1945) y la escindida de Malaya-Singapur (Filipinas conservó su unidad). China rescató settlements y marcas exteriores (perdiendo Mongolia y Tuva, ésta adquisición soviética, como las Kuriles y Sajalin, trofeo de Japón en 1905). Destacable es la reestructuración del Asia soviética. Resumen: 10 Estados (1920), 31 (1972) y cinco dependencias.*

D) *Africa aporta la mayoría de cambios por independencias que respetan los viejos límites coloniales (salvo en Marruecos, Togo, Camerún, Ruan-da-Urundi y Somalia), de suerte que aparte de los «viejos» (Liberia, Etiopía, reaparecidas en 1941, Egipto, en 1922; Marruecos, en 1956, y Sudáfrica, con las ex repúblicas boers desde 1910), la descolonización francesa produjo 19 Estados; la inglesa, 14; la belga, tres; más otros dos, uno ex italiano y otro ex español. La «balcanización» dice poco sobre la solidez futura de los Estados actuales, en trance de seguir creciendo con las últimas descolonizaciones, alguna urgida (Namibia). Resumen: cuatro Estados (1920), 42 (1972) y 19 dependencias.*

E) *Europa, el subcontinente ex directivo «respetable» no lo ha sido tanto como se cree. Sobre los 18 «viejos Estados» de 1900, en 1914 había tres más, en 1920 seis nuevos (cuatro aflorados) uno fragmentado, y hasta registró una absorción (Montenegro). En 1941 desaparecieron seis, y en 1972 desaparecieron tres, dos siguen divididos y tres definitivamente tragados (los bálticos) más cuatro nuevos. Resumen: 21 Estados (1920), 25 (con Chipre y sin los minúsculos) en 1970. Una dependencia: Gibraltar.*

Mover un poste fronterizo es más arriesgado en Europa que en otro Continente. Pero las Europas de Estrasburgo, de los Nueve y la socialista pecan todas de limitación egoísta y miope para invocar la representación del todo. Fenómeno insólito: el «traslado» al oeste de Polonia en 1945, al par que se resucitaban muchas fronteras de 1920. Fenómeno «europeo» (?) que no podemos olvidar los españoles: nuestro excepcional y solitario aisla-

miento estratégico (exclusión de la OTAN), cultural (del Consejo de Europa) y económico (de la CEE, ampliada y en libre cambio con los miembros de la que fue EFTA).

Y tan larga enumeración recubre la fisura desarrollados-subdesarrollados, porque aún matizable y confusa está ahí, y crece en el tiempo. Para seguir alguna clasificación, usemos con correcciones las listas que nutren los anexos de la Resolución sobre la Junta de Comercio y Desarrollo (30 de diciembre de 1964). Son desarrollados los Estados de las listas B (salvo Chipre, y con atenuación los casos ibéricos, griego y turco) y D (los comunistas europeos, sin Albania); a los que podría agregarse de la lista C Argentina y Uruguay, y atenuadamente Brasil y México. Son pobres — es decir, subdesarrollados — los de la lista A (salvo Israel, Yugoslavia y Sudáfrica) y los de la lista C, aunque pugnen por exceder Chile y Venezuela. Los antiguos «factores objetivos» de poder resultan visiblemente confusos y, en muchos ejemplos, inválidos o erróneos. Así la India, Argelia, Sudán e Indonesia son colosos especiales o demográficos no desarrollados; Suiza es pequeña, pero sí lo está. URSS, Estados Unidos, colosos desarrollados. Dieciséis Estados son comunistas. Muchos, autoritarios. En la línea divisoria algunos suben, en parte por su esfuerzo, ya que al egoísmo ajeno en restringir ayudas le sobran las explicaciones («ingratitude, inseguridad, despilfarro»); en el conjunto mundial nos abruma la difícil superación del típico círculo vicioso de la pobreza y del atraso. Entra en juego la acción internacional, que financian sobre todo los pudientes, y lo que hace no es despreciable: pero dentro y fuera de la ONU se esteriliza o diluye con facilidad. Regionalmente, hay esfuerzos fructíferos (como el Plan Colombo, la AECA, y quizá la ALALC); más otros son retóricos (Liga Árabe, OUA). Es dudosa la calificación como «acción regional» de desarrollo del Pacto de Yaundé ni del COMECON. Por doquier los ricos planifican, incrementan industrias y servicios, acentúan la investigación y la tecnología, favorecen la participación preparativa e igualatoria, pero no evitan el macrourbanismo, ni los déficit inflacionistas ni la degradación familiar. Entonces los pobres les imitan: con planificaciones utópicas escritas con desenfado; viendo (impotentes o complacientes) la migración y los retrocesos de la vieja sociedad nativa y de la vieja economía sin correlativa compensación en el auge de otras nuevas y estables. Sus forcejeos se colorean de explosiones, y sus crisis son más dañosas que las de otros. Panorama monótono que añade permanentes denotantes a los peligros de guerra en gran escala, que ensombrece la ruta del siglo XXI y que no impide la con-

tinuación de viejas querellas vecinales o locales, en las que el aspecto político recubre al malestar económico-social.

Nos perderíamos si intentáramos pasar revista a las organizaciones internacionales (que nutren un abultado Anuario) pese a su destacado papel en la vida contemporánea. Empecemos por un esquemático recuerdo de las organizaciones «regionales». Pluricontinentales son la OTAN, la OCDE, el COMECON y la Liga Árabe. Continentales, la OEA y la OUA. Subcontinentales muchas. En Europa, el Consejo, la UEO, el Benelux, el Consejo Nórdico, las Comunidades Europeas (extinguida la EFTA) y el Pacto de Varsovia (sin Mongolia). En Asia, el Plan Colombo, las CENTO, ASA y OTASE. En Africa, la OCAMM, la Entente, la UDEA y la EAÇ. En América, la ALALC, los ADECA-ODECA, los grupos andino, platense y caribe. En Oceanía, los ANZUS y CMS. Y ahora pasemos a la ONU.

Al crearse en 1945, integraban la ONU 51 Estados (cinco árabes, cuatro asiáticos, dos africanos). En 1972 tiene 132: 35 africanos, 19 asiáticos, 18 afroasiáticos (árabes), cuatro del Caribe ex colonial, dos del Pacífico ex colonial, el resto son los blancos y desarrollados (occidentales, iberoamericanos, comunistas). El directorio de 1945 (pentárquico) subsiste. Es atómico, pero divergente sin fortuna para los pequeños. Hay 11 Estados «preatómicos» y 14 con «capacidad nuclear», España incluida. En la ONU se reflejan restos de los viejos factores de poder: extensión, posición y situación; población, densidad; cultura, técnica, distribución profesional-social; instituciones y medios defensivos; recursos naturales y transformados; finanzas, transportes y hasta —siguiendo a Kahn— el carácter, el «ambiente» y los precedentes. En su sustancioso estudio sobre el siglo XX internacional, García Arias distingue cinco clases de miembros de la ONU: superdesarrollados, desarrollados, industrializados, preindustrializados, subindustrializados, más dos grupos inferiores; colocando en el tercero a España. [Fuchs prevé que China (?) pasará a Estados Unidos, seguida de Europa, Japón y la URSS en el año 2000.] En cuanto a las organizaciones «regionales» que aludimos, pasa como con la obra de la ONU: las técnicas y asistenciales están menos «politizadas». Las otras miran hacia el pasado y son reductos de la agresión o murallas chinas contra el libre tráfico.

VI

Nos gustaría poder formular una recapitulación sobre el futuro de la vida gregaria de la Humanidad, pensando en un período no excesivo por

su lejanía. Y ante el temor de una originalidad desproporcionada, acogemos el trazado por Larraz (en su profunda obra «Humanística») en nueve puntos, que nos atrevemos a ampliar con otro y a comentar en algún aspecto concreto. El decálogo anunciado es:

- I) *Auge demográfico—más bien urbano y extraeuropeo, añadido—sin tope conocible, y—añado—poco evitable.*
- II) *Marcha hacia las grandes unidades de producción y servicios, administrativos y políticos: «vitales» añadiría yo recordando que las modalidades y etapas habrán de ser plurales y heterogéneas, sin patrones forzados, y que podrán ser más lentas que las exigencias determinantes.*
- III) *Acentuación de la tendencia expansiva de los estratos intermedios de la jerarquía social, y añadido que con desigualdades en el arranque, curso y culminación, de las «mesocratizaciones», vulnerables a crisis y retrocesos.*
- IV) *Rectificaciones alternativas de los excesos intrajerárquicos con extensión reducida: enunciado crudo de conmociones, ya domésticas, ya exteriores.*
- V) *Escasa perspectiva de dilatación de la presencia histórica de la democracia igualitaria y dudosa de la estatización dictatorial: punto que exige grandes precauciones y reservas en el tempus y el modus, dentro del trend hacia la «colmenización gregaria».*
- VI) *Progresión tecnológica acelerada, y más tiempo disponible, con aumento de la artesanía y profesiones liberales: detallismos que creo de aceptación no rigurosa y que ayudan a entrever algún rasgo optimista en el futuro.*
- VII) *Mayor peligrosidad de las guerras y de la corrupción de costumbres: punto esencial que hubiera colocado en tercer lugar y de alcance amplísimo; pues incluye supuestos que van desde la guerra nuclear desvitalizadora a las frecuentes irregulares, así como corrupciones, menos escandalosas, pero no menos graves que las drogas y el erotismo, cual es el abuso del poder combinado con el de la riqueza; estrago al alcance de dictadores y oligarcas por doquier.*
- VIII) *Gran reacción religiosa concorde con la Ciencia, readaptando la tecnoeconomía, «cuya duración es actualmente incógnita»; yo diría: «cuyos orígenes y duración son incógnitos».*

- IX) *Cierta aproximación al Bien Común, parcial y contradictoria, cambiante según el principio del mínimo esfuerzo: aspiración tan loable como condicionada.*
- X) *Como nuevo punto: desordenado e inevitable incidencia de la pugna con vistas al futuro entre desarrollados y subdesarrollados, en el curso de las viejas pugnas dormidas o vivas, neoimperialistas, nacionalistas y sociales, así como en las divisiones y «herejías» ideológicas, destructoras o corrosivas⁵.*

El decálogo antes consignado nos indica que al aproximarse el siglo XXI los conductores de los pueblos—individuos y «élites» y los pueblos generalmente organizados como Estados—tienen que elegir entre estos tres caminos:

- 1.º *El clásico o, para ser claros, el viejo de los «objetivos heredados» del pasado, aunque vivan en el presente; de cortas perspectivas, y muchas veces de minúsculo alcance, desproporcionado para los males que pueden causar. ¿Podrían creer los miembros de la Mano Negra que iban a desencadenar la I Gran Guerra, y las «eminencias grises» de Hitler que Danzig provocaría lo que no acarrearón los Sudetes? Sigue siendo el camino de las disputas de efectos imprevisibles en cadena.*
- 2.º *El que se presenta bajo apariencias de «misión universal»—aunque se evite esta palabra—, sospechosamente asumida por gran poder que fija unilateralmente los métodos y los designios que le conducen a aquel cometido: «democracia, paz y desarrollo» o «revolución liberadora de las clases oprimidas». En el pasado se invocaron objetivos misionales*

⁵ Larraz completa sus puntos con varios enunciados más concretos, ligados a la «carrera de acontecimientos», que pueden provocar perplejidad. Así el contraste entre la permanencia de las «directrices de fuerza soviéticas» y su ausencia en Occidente: pues la URSS compensa el ateísmo y la inflación con la coerción; mientras Occidente deriva a irresponsabilidades, corrupciones, superconsumos, descapitalización y fraude: la dictadura le parece con razón más durable que la demagogia, mientras que la economía de «bandazo» favorece a aquélla. Los Estados Unidos de Europa, posible factor de equilibrio, no se ven aún y la política estadounidense exhibe aspectos negativos; sin que pueda calcularse, qué fuerzas, armadas o «neofascistas» (término este poco feliz), salvarán a Occidente. Pero cree que puede llegarse a una inteligencia ruso-occidental, ante la amenaza china, que empuje a Moscú a centrar —sin absoluta lealtad— con EE. UU. Bipolaridad transformada por la presencia del Japón y que acompañe de la extraña hipótesis de que la URSS sustituya a muchos de sus *apparatchik*. También recuerda el *boom* demográfico, el declive del medio, la intervención de la tecnología y la investigación, propulsados por un sector mayoritario religioso y austero, bajo la dirección de un organismo mundial «de competencia efectiva» en un mínimo de atribuciones. Esto último es una aspiración poco inmediata.

religiosos —o al «espíritu de cruzada»—, la libertad de los mares y del comercio, el equilibrio —ajeno— como supuestas premisas de la paz, la libertad del individuo o la de grupos nacionales afines, y hasta la «misión sagrada de civilización» a costa de los incivilizados. Ya vimos a dónde este camino —como el precedente— nos ha llevado.

3.º El que impone la contemplación del cercano siglo XXI: el de la cooperación mundial para acometer la solución más o menos completa de los grandes problemas enunciados, de la que depende que todos continuemos existiendo. Camino apto para la acción concertada internacional y compatible con la acción para remediar los problemas menores y más localizados.

Pero ante el mal ejemplo de los «grandes», ¿quién puede pedirnos a los menores que marquemos el camino? Yo creo honradamente que nuestro Paralelo 38º pasa por la «shame's fence» de Gibraltar. Un panameño puede obsesionarse con la diaria incrustación de la Canal Zone, y un palestino, vietnamita o irlandés, obsesionarse con la evacuación de sus países. Como cualquier humano acosado que da egoísta, pero respetable, prelación a su libertad o a su suficiencia vital. Pero éstos son árboles humanos que no dejan ver la gran selva, que facilita un excelente «caldo de cultivo» para cualquier espontáneo conflicto, y recubre el panorama del futuro; que mira al Desarrollo, no hacia la catástrofe, sino hacia la supervivencia. La Política Internacional del futuro debe prepararnos un Mundo al servicio de la Humanidad, y no al de algunos grupos de poder, que no ofrecen garantías de que sepan asegurar la continuidad de la vida espiritual y civilizada, única meta común, con dudosa alternativa.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

